

y asegurar en su propio palacio, y montando seguidamente á caballo (25 de mayo, 1423), se dirigió á castillo de Capuana, donde se hallaba la reina, con ánimo de prenderla también. Pero apercibida oportunamente cerróle las puertas, y los ballesteros que con ella estaban hirieron al caballo del rey Alfonso y á varios caballeros de su compañía y los obligaron á retirarse. La reina entonces llamó en su auxilio á Sforza, al mismo contra quien antes había invocado al rey de Aragon: tanta era la mudanza de su ánimo! Sforza no vaciló en acudir á la defensa de la reina con la esperanza de tener todo el reino á su mano; su gente era poca y mal vestida; mejor equipados y mas en número eran los españoles; pero menos prácticos y conocedores del terreno y de las calles y revueltas de la ciudad: el apellido ó consigna de Sforza á los suyos fué: *herid á los bien vestidos y bien montados*. Dióse pues el combate entre angevinos y aragoneses, con tal intrepidez y destreza por parte de aquellos, que los nuestros se vieron envueltos y derrotados, con pérdida de mas de doscientos hombres de armas, y quedando prisioneros los principales señores aragoneses y catalanes ⁽¹⁾. Apoderóse Sforza de la ciudad, y los nuestros tuvieron que encerrarse en los castillos Nuevo y *doll'Ovo*

(1) Fueron estos Bernardo de Centellas, Ramon de Perellós, don Fadrique Enriquez, hijo del almirante de Castilla, don Juan y don Ramon de Moncada, Jimen Perez de Corella, Juan de Bardaji y el conde de Veintemilla.

Crítica era la situacion de Alfonso de Aragon; reducido estaba á dos castillos de Nápoles sin bastimentos el que pocos días antes disponia de todo el reino siciliano. Por fortuna suya arribó oportunísima y felizmente al puerto de Nápoles una flota catalana de treinta fustas, que era la que se decia iba á buscar la reina Juana para traerla á Cataluña. Con tan poderoso refuerzo cambió tanto la situacion de las cosas, que determinó el rey don Alfonso combatir la ciudad desde los castillos, desde las galeras, por tierra y por mar, y entrarla por todas partes á sangre y fuego. Asi se hizo; combatióse furiosa y sangrientamente en las calles de Nápoles: los barrios de que se iban apoderando los españoles eran saqueados é incendiados: Sforza peleaba heroicamente y se batió por largo espacio á pie despues de haberle muerto cuatro caballos: la ciudad ardía por diversos puntos: arrollados los angevinos despues de una lucha horrible de dos dias, se retiraron, no sin que Sforza lograra sacar á la reina del castillo de Capuana y ponerla en salvo llevándola á Nola, obrando en todo con un valor y una celeridad increíbles. Quedó otra vez Alfonso de Aragon dueño de Nápoles (junio, 1423).

La versátil reina Juana revocó entonces por público instrumento la adopcion de Alfonso con todos los derechos que le habia otorgado, llamándole infiel, ingratisimo y cruelísimo, y trasfirió la adopcion al que habia sido siempre su competidor y enemigo,

á Luis de Anjou. Reunidas con esto las fuerzas de Luis y de Sforza, y haciendo alianza con el duque de Milan y señor de Génova, determinaron tomar la ofensiva. Conociendo Alfonso la dificultad de resistir al poder de los confederados, aunque entretanto había tomado por combate la fuerte ciudad y castillo de Ischia, resolvió reembarcarse para sus reinos de España, dejando la defensa de Nápoles y la lugartenencia de aquel reino al infante don Pedro su hermano ⁽¹⁾.

Salió, pues, de Nápoles el rey don Alfonso, y á mediados de octubre (1423) se dió á la vela en Gaeta con diez y ocho galeras y doce naves. Pero antes de regresar á Cataluña quiso acometer una grande empresa, que en parte le indemnizara de sus contratiempos de Nápoles. La rica, fuerte y populosa ciudad de Marsella pertenecía á su enemigo Luis de Anjou, y Alfonso se propuso ó conquistarla ó destruirla. La embistió, pues, y atacó resueltamente; defendía la entrada del puerto una gruesa y fuerte cadena: por consejo del intrépido Juan de Corbera se determinó romperla en medio de las tinieblas de la noche; al empuje de las galeras no pudieron resistir los gruesos y duros eslabones, y rota la cadena y penetrando la armada por el puerto adelante saltaron los aragoneses al muelle. Acudieron allí los marsellese

(1) Esto explica la ausencia de Castilla de este infante en medio de las revueltas que sus hermanos están moviendo por este tiempo, como habrá podido observarse por el capítulo precedente.

en gran número, pero rechazados y arrollados por los intrépidos marinos catalanes y por los briosos soldados de Aragon, fuéronse retirando de calle en calle. Llovian sobre los españoles piedras y proyectiles arrojados desde las torres y las casas; vengábanse con incendiarlas nuestros soldados, y comunicando el viento, que soplabá reciamente, las llamas de unas á otras calles, presentaba la ciudad en aquella noche horrorosa un espectáculo lastimoso y horrible. Las mugeres se refugiaron en los templos, pero el rey mandó que fuesen respetadas y protegidas: dos soldados de los que andaban á saco descubrieron en una casa las reliquias de San Luis, obispo de Tolosa, que se veneraba con gran devocion en todo el Mediodía de la Francia, y el rey ordenó que con toda reverencia fuese llevada y depositada en su galera tan preciosa joya (9 de noviembre). Abandonó la ciudad así destruida sin querer dejar en ella guarnicion, y embarcándose la gente arribó la armada victoriosa á Cataluña en la cruda estacion de diciembre. Seguidamente pasó el rey á Valencia, en cuya iglesia mayor se depositó la sagrada reliquia, testimonio de la piedad y recuerdo glorioso del valor bélico de Alfonso V. de Aragon ⁽¹⁾.

Escasas eran las fuerzas y menguados los recursos que habian quedado al infante don Pedro de Ara-

(1) Bartholomé Faccio, en la de Aragon, lib. XIII. c. 32. Vida de este rey.—Zurita, Anal.

gon para defender la ciudad y reino de Nápoles en ausencia de su hermano contra tantos enemigos, creyendo las dificultades con haber entrado en la confederacion el papa Martin V. Componíase ya ésta de la reina Juana, del rey Luis de Anjou, de Sforza, del duque de Milan con la señoría de Génova, y del pontífice. Propúsose esta gran liga acabar de lanzar de Nápoles toda la gente de Aragon, de modo que se hiciese imposible la repetición de la conquista para lo sucesivo. Reunidas las fuerzas navales de los aliados, trataron primero de recobrar á Gaeta, y á pesar de la desgracia que sucedió al valeroso Sforza, que murió ahogado en el rio de Pescara por querer socorrer á un hombre de armas á quien veia ahogarse tambien, don Antonio de Luna que defendia aquella importante plaza marítima no pudo resistir á la armada genovesa, y Gaeta volvió á poder de la reina Juana y del de Anjou. Rendidas igualmente algunas otras ciudades de Tierra de Labor y de Calabria, cargaron todos sobre Nápoles. Tentado estuvo el infante don Pedro, y casi resuelto á poner fuego á la ciudad por todos sus ángulos para reducirla á pavesas viendo que no le era posible conservarla, y detúvole solo el no hallar quien aprobára ni quien ejecutára su bárbaro pensamiento. Entraron en ella los confederados, prendieron á cuantos aragoneses y catalanes encontraron desmandados, y solo quedaron por el infante los castillos Nuevo y del Ovo (1424).

Traian en tanto entretenido y ocupado á su hermano el rey de Aragon las fatales contiendas de los otros infantes hermanos con el rey don Juan II. de Castilla, en que el aragonés comenzó á tomar una parte mas directa y activa desde su regreso de Nápoles. Acontecieron en este período la prision y libertad de don Enrique, las rebeliones de los grandes de Castilla, las confederaciones contra don Alvaro de Luna, las disensiones y pleitos entre los príncipes castellanos, aragoneses y navarros, la sucesion del infante don Juan en el reino de Navarra, y todas las demas alteraciones, pactos, negociaciones y guerras entre unos y otros, hasta la tregua de 1430, segun en el anterior capítulo ⁽¹⁾ las dejamos apuntadas.

Grande hubiera sido el apuro y estrecho del infante don Pedro en Nápoles sin el oportuno arribo de una armada de Sicilia, con la cual vino don Fadrique de Aragon, conde de Luna (1425). Unido esto á la circunstancia de haber pedido proteccion al rey don Alfonso su hermano los genoveses descontentos del señorío del duque de Milan, Felipe María, proporcionó á don Pedro el poder hacer la guerra al milanés en los lugares de la ribera de Génova, donde le tomó diversas plazas. Temeroso el duque de Milan del favor que el aragonés daba á los descontentos genove-

(1) Narrados ya estos acontecimientos en el reinado de don Juan II. de Castilla, allí pueden verse la intervencion y el influjo que en ellos tuvieron el rey y el reino de Aragon.

ses y de perder aquel señorío, trató de confederarse con el rey de Aragon, ofreciendo hacerle un partido ventajoso. Conveniale esto á Alfonso V., porque así se disminuía y quebrantaba el poder del de Anjou y de la confederacion napolitana. Despues de algunas propuestas y pláticas entre el duque y los embajadores del rey, estipulóse un tratado, en que se facultaba al milanés para levantar gente á su sueldo en los señoríos del de Aragon para combatir á los rebeldes lombardos ó genoveses, y él por su parte se obligaba á entregar al aragonés dentro de cierto término los castillos y ciudades de Calvi y Bonifacio y otros cualesquiera que hubiese en la isla de Córcega, para cuya seguridad ponía desde luego en sus manos las ciudades y fortalezas de Portvendres y Lérici en la ribera de Génova, con mas seis galeras á su servicio (1426).

Allá en Nápoles continuaba el gran senescal apoderado del ánimo y del corazón de la reina y del gobierno del reino, relegado el de Anjou en su ducado de Calabria, que era lo mas distante de la capital, pero haciéndose amar de los calabreses por su comportamiento, mientras el duque de Milan, guerreado y hostigado por los venecianos, procuraba avenirse con los genoveses disidentes á fin de no acabar de perder aquel señorío. Los barones napolitanos, dados á novedades, y desafectos unos al de Anjou y cansados otros ó envidiosos de la influencia del senescal, deseaban ya que volviese otra vez el rey de

Aragon, y aun le hacian secretas invitaciones. Mas por otro lado dió no poco disgusto al rey la injustificada defeccion de don Fadrique, conde de Luna, que ya se aliaba con la reina de Nápoles, ya con el rey de Castilla y don Alvaro de Luna, lo cual movió al aragonés á quitar á los castellanos todas las fortalezas y guarniciones que tenian en Sicilia, y produjo que don Fadrique se refugiara en Castilla, donde una nueva intencion contra el monarca castellano le acarreó un fin funesto y no correspondiente á los grandes principios de su vida (1). Sin embargo, ocupado el rey don Alfonso en los negocios y guerras de Castilla, y en los muchos tratos y negociaciones que producian aquellas enfadosas contiendas, no se apresuraba á emprender una nueva campaña en Nápoles, mas sin dejar de pensar en ella, ganaba en política segun que crecia en años, y preparaba con calma sus planes para lo sucesivo. Con este propósito, venido como estaba ya con el duque de Milan, aprovechó la ocasion de hallarse aqui el cardenal de Fox, legado de la Santa Sede, para reconciliarse con el papa Martin V., quitando de este modo al de Anjou sus dos mas temibles aliados, estrechó relaciones de amistad con el rey de Inglaterra, dueño entonces de la mitad de la Francia, y procuró confederarse tambien con

(1) Recuérdese lo que dijimos en el capítulo 27, sobre la venida á Castilla de este don Fadrique de Aragon y su descabellada conspiracion en Sevilla.

Felipe, duque de Borgoña, así por el gran valor de este príncipe como por el deudo que había contraído con el rey de Portugal casándose con su hija la infanta Isabel ⁽¹⁾.

Hecho esto, y pactada una tregua de cinco años con Castilla, vino ya bien y llególe muy á sazón la escitación que le dirigió el príncipe de Tarento (1430), por sí y á nombre de otros barones napolitanos, para que fuese á proseguir su empresa en aquel reino. No era esto tan extraño como que el gran senescal le hiciera la propia instancia y requerimiento, ofreciéndose á su servicio, y añadiendo que si él quisiese ó lo mandase, tan pronto como supiera que partía con su escuadra alzaría banderas por Aragon. Recordábale, para mas obligarle, que un día hallándose juntos en la torre maestra de Aversa le había dicho el rey de Aragon que cinco años antes de su primera ida á Nápoles le había pronosticado un astrólogo: «que había de ir allá y que reinaria poco, pero que despues volvería y reinaria en tanta prosperidad, que no solamente los grandes que fuesen con él, pero aun sus monteros, y los que tenían cargo de sus sabuesos alcanzarían estados.» La reina misma de

(1) Por este tiempo (1429) instituyó este Felipe de Borgoña la insignie orden de caballería del Toison de oro, y nombró veinte y cuatro caballeros de ella.—Ocurrió también este año la abdicación de Gil Sanchez Muñoz, nombrado papa por los dos cardenales de Pe-

dro de Luna en Peñíscola con el nombre de Clemente VIII., con lo cual se restableció definitivamente la paz y la unidad de la Iglesia, no quedando ya un solo rincón del mundo cristiano que no obedeciera al único y verdadero pontífice, que lo era Martin V.

Nápoles le instaba á que fuese, y en el propio sentido le escribía igualmente el gefe de la Iglesia, de modo que tan extraña unanimidad de parte de los que habían sido sus mayores adversarios parecía mas bien un lazo que se le tendía que un ofrecimiento hecho de buena fé. Cuando tan nuevo aspecto presentaban las cosas aconteció la muerte del papa Martin V. (febrero, 1431), y la elevación de Eugenio IV., de nacion veneciano, á la silla pontificia, con lo cual sufrieron gran mudanza los negocios de Nápoles y de toda Italia. El rey don Alfonso para proceder con mas seguridad procuró que se cumpliera lo pactado con el duque de Milan sobre la entrega de las ciudades y castillos de Calvi y Bonifacio, y demas capítulos del concierto, en cuyo supuesto se prestaba á firmar paz y concordia perpétua con el de Milan y con el comun de Génova. Asimismo, por interés y tranquilidad suya y de sus hermanos el rey de Navarra y los infantes que andaban por Castilla, procuró hacer confederación con el rey de Portugal, y por concierto que se pactó en Torresnovas quedó asentado que unos y otros se obligaban y comprometían á no dar favor ni ayuda á sus respectivos enemigos.

Tomadas todas estas precauciones y dispuesta ya su armada, decidido el rey á llevar adelante con toda resolución su empresa de Nápoles, pero vacilante y perplejo respecto á la conducta que le convendría adoptar con los barones y los diferentes partidos de

aquel reino, en lugar de ir derechamente á Italia, determinó seguir la política de su abuelo Pedro III. en su conquista de Sicilia, publicando que iba á hacer la guerra en Africa al rey de Tunez; y dándose en efecto á la vela en la playa de Barcelona (23 de mayo, 1432) navegó con su armada la via de Cerdeña con el fin de cruzar desde aquella isla á las costas del reino tunecino. El día de la Asuncion arribó la flota aragonesa á la isla de los Gerbes, y desde luego ganó el puente que atraviesa de la tierra firme á la isla. El rey de Tunez que se hallaba á dos jornadas de aquel punto, escribió á don Alfonso diciendo que sabia su llegada y le rogaba le esperase, pues queria que se viesen cara á cara, y que el huir seria entre ellos cosa vergonzosa. Contestóle el monarca cristiano que le aguardaba gustoso, y que si no acudiese, la vergüenza seria del que no cumpliera su deber. No tardó en presentarse el sarraceno con gran hueste de á caballo y de á pié, y asentando su real junto al puente comenzaron las peleas entre aragoneses y moros. Formalizada la batalla, arremetieron aquellos con tal bravura, que unas tras otra fueron ganando y deshaciendo las cinco barreras que habían levantado los moros hasta la tienda del emir. Apenas pudo éste salvarse á todo correr de su caballo: por espacio de tres millas tierra adentro siguieron los cristianos alanceando la morisma fugitiva; muchos perecieron, y quedaron prisioneros no pocos: cogieron-

se veinte y dos piezas de artillería y la tienda del rey. Redujéronse los moros de la isla á la obediencia de Alfonso de Aragon, y el de Tunez dejó de tiranizar á sus antiguos vasallos de los Gerbes.

Aumentó la noticia de esta empresa la fama y reputacion de que ya gozaba el monarca aragonés en Italia, y cuando de Africa pasó á Sicilia para desde allí deliberar lo que le convendria hacer, halló ya en Siracusa embajadores del papa Eugenio que le esperaban para tratar con él sobre las diferencias que el pontífice traia con el emperador Sigismundo, rey de romanos. Pero lo que hizo mudar de repente la faz de las cosas, fué la muerte del gran senescal de Nápoles, el privado de la reina Juana, y el que hasta allí habia gobernado á su voluntad el reino. Una pretension de este célebre favorito habia ofendido á la duquesa de Sessa, muy amiga de la reina de Nápoles; y como no era la constancia la virtud de aquella reina, fácilmente se dejó persuadir de que debia sacudir el pesado yugo del senescal, y dió orden para prenderle. Temiendo la duquesa y los que con ella entraban en la conjuración, que si quedaba con vida el senescal podria recobrar otra vez el favor de la voluble reina, tuvieron por mas seguro asesinarle, y entrando una noche los conjurados en la cámara del castillo de Capuana en que aquel dormia, acabaron con él á hachazos y á estocadas. Tal fué y tan miserable y desastroso el fin de aquel poderoso valido: la

reina sintió que hubieran llevado la venganza á tal extremo, pero los matadores se disculparon con que habia intentado defenderse, y no habian podido tomarle vivo. Desde entonces comenzaron otra vez las embajadas y las negociaciones entre la reina de Nápoles y el rey de Aragon, ofreciéndose al aragonés los príncipes de Tarento y de Salerno y otros barones italianos. Para estar mas á la vista de los acontecimientos y poder obrar con mas prontitud segun lo requiriesen las circunstancias, determinó don Alfonso pasar á la isla de Ischia. Estando allí, revocó la reina Juana de Nápoles la adopción de Luis de Anjou, y ratificó ó reprodujo la que antes habia hecho del rey de Aragon, pero á condicion de que no habia de ir al reino sin orden y mandamiento suyo mientras ella viviese (abril, 1433). Esta nueva acta de revocacion y confirmación quiso la reina que fuese secreta, para que no se enterasen de ella el de Anjou y sus partidarios, por cuyo medio se proponia tener asi engañados y entretenidos á los dos príncipes para poderse valer del uno contra el otro.

Despues de muchos tratos entre el rey de Aragon, el pontífice Eugenio, el emperador Sigismundo y otros príncipes de Italia, tratos en que á vueltas de grandes ofrecimientos, sin intencion ni posibilidad de cumplirlos, se traslucia el designio de instigar al aragonés á empresas que le alejáren de aquellos paises, ó de valerse de su influjo y poder para sus particula-

res intereses, vió Alfonso V. formarse contra él una gran liga entre el papa, el emperador, el duque de Milan y las señorías de Venecia y Florencia, los cuales todos, hechas paces entre si y concordadas sus diferencias, se proponian alejar de Italia al que miraban como extranjero y consideraban como el mas temible, á Alfonso V. de Aragon. Este príncipe prefiriendo dejar pasar la tormenta á luchar contra ella de frente, estipuló con la reina Juana una especie de tregua por diez años, concertando la manera como habian de guardar los castillos y plazas que tenian los españoles en el reino de Nápoles, y se embarcó otra vez, segun tenia ya pensado, para Sicilia, desde donde se proponia atender simultáneamente á las cosas de Cerdeña, de Córcega, de Aragon y de Castilla, sin perder de vista los negocios y sucesos de Italia.

Suponia y esperaba Alfonso V. que aquella aparente concordia entre los príncipes italianos no habria de ser de larga duracion, mediando entre ellos tan encontrados intereses, y causas de escision tan antiguas y graves; y no se engañó el aragonés en sus cálculos. Rompióse primeramente aquella ficticia armonía en la capital del mundo católico con sucesos y escenas que escandalizaron á toda la cristiandad. Resentidos del comportamiento del papa Eugenio con la familia y parientes de su antecesor el duque de Milan, el príncipe de Salerno Antonio Colonna, el conde Francisco Sforza y otros barones y capitanes

italianos, declaráronse públicamente sus enemigos, entraron en Roma, prendieron al cardenal de San Clemente, sobrino del papa, é incomunicaron al pontífice en su propio palacio, del cual pudo despues fugarse disfrazado con hábito de fraile de San Francisco, y ganando el puerto de *Cia* logró arribar á Pisa y de allí á Florencia. Los que especialmente concurrieron á poner en salvo al pontífice fueron dos españoles; que siempre en tales casos los de nuestra nacion se han distinguido por su lealtad al universal pastor de los fieles: fueron aquellos Juan de Mella, arcediano de Madrid, y un capellan del rey de Castilla, abad de Alfaro. Noticioso de este caso el rey don Alfonso V. de Aragon que se hallaba en Palermo, olvidando todo motivo de descontento y de queja que del pontífice tuviese, despachó inmediatamente embajadores á Su Santidad (julio, 1434) ofreciéndole su persona, las de sus hermanos, y todos sus vasallos y reinos, y que si á cualquiera de estos le pluguiese venir tendria quince ó mas naves á su disposicion en que verificarlo, y le acompañarian sus hermanos, ó él mismo si lo prefiriese: hidalgo y generoso ofrecimiento que el pontífice no aceptó, pero que agradeció en todo lo que valia.

Entretanto habiendo enfermado la reina Juana, y con noticia que tuvo el aragonés de que en aquellos momentos, inconstante y voluble siempre, y sin respeto á los últimos pactos y compromisos que con él

tenia, trataba de nombrar gobernador y vicario general del reino al duque Luis de Anjou, le envió el rey de Aragon una embajada recordándole las obligaciones que con él habia contraído, los servicios que le debia, y que sin grande ofensa de Dios no podia faltar á sus promesas. Pero estaba en aquella sazón la reina demasiado inducida por el partido angevino para que atendiera á tan justas reclamaciones. Por lo tanto el rey apresuró sus preparativos de guerra por tierra y por mar, publicando que todo aquel aparato le hacia para pasar á España con sus hermanos el rey don Juan de Navarra y el infante don Enrique á fin de restablecerlos en la posesion de sus estados de Castilla, pero en realidad se preparaba á combatir al de Anjou, para lo cual se confederó con el príncipe de Tarento con quien aquel estaba en guerra. Al poco tiempo ocurrieron novedades que influyeron poderosamente y dieron nueva faz á la situacion de aquel reino. Despues de haber el de Anjou tomado por combate al de Tarento la mayor parte de las villas y plazas de su principado, al regresar á su ducado de Calabria, en la entrada del invierno le acometió tal enfermedad que acabó en breves dias con su existencia (noviembre, 1434). La reina Juana de Nápoles hizo las mayores demostraciones de dolor y de pena por el fallecimiento de su hijo adoptivo, hasta arrastrarse por el suelo, con otros arrebatos por lo menos de aparente desesperacion, como arrepentida de no haber